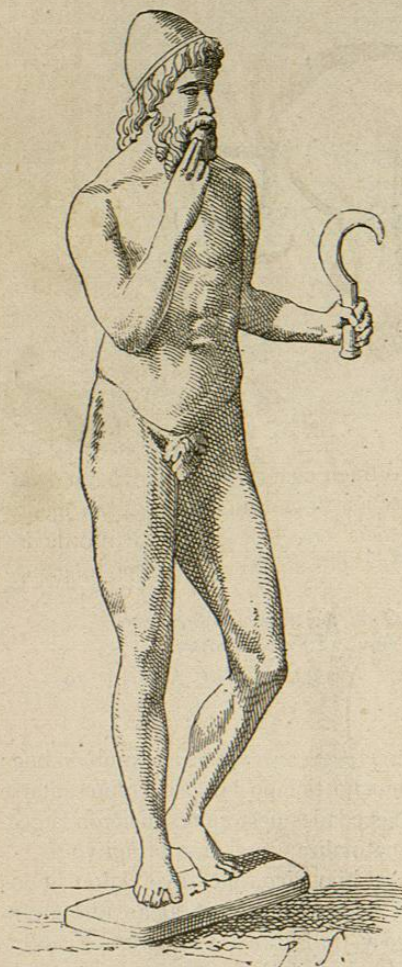


Por Saturno, el padre de los dioses ligábase Roma á lo más grande que había en el Cielo; por Eneas, hijo de Venus y ascendiente de Rómulo, se enlazaba á lo más grande que la poesía griega había mostrado sobre la tierra, á la ciudad de Príamo. Habiéndose evadido de la incendiada Troya con su padre Anquises su hijo Ascagno y su esposa



Saturno (2)

Los dioses habían recibido al héroe al cual se adoró con el nombre de *Júpiter Indigeta*.

Con todo eso, continuó la guerra, y en un combate singular Ascanio mató á Mecencio, aliado de Turno. Abandonando entonces la árida é insalubre costa, en que su padre había fundado á Lavinio, vino á edificar en el corazón del país á Alba-la-Longa en el monte Albano, cuya cima domina todo el Lacio y deja ver á la vez el Tíber, el mar y las tormentosas crestas del Apenino. Doce reyes de la raza de Eneas se sucedieron allí, uno de ellos, Procax;

tuvo dos hijos, Numitor y Amulio. El primero debía heredar la corona por derecho de primogenitura; pero Amulio usurpó este derecho empuñando el cetro á la muerte de su padre, dió muerte al hijo de Numitor, encerró á su hija Silvia en

(1) Serv. in *Æn.* I, 382. En el siglo VI, Stesichose hacía arribar á Eneas á las costas de Italia; Aristóteles, en el IV, adoptó esta tradición, y el historiador Timeo la popularizó en el III. Más adelante se verá que en tiempo de la primera guerra púnica estaba aceptada en Roma.

(2) Sacado de los *Monumentos del arte antiguo* de Muller Wisler.

(3) La cruz colocada bajo la barba, indica que la pieza es un denario de plata. Detrás se encuentra la hoz del labrador divino.

el templo de Vesta y sólo dejó á su hermano parte de los dominios privados de Procax.

Ahora bien, un día que Silvia fué por agua á la fuente del bosque sagrado para el servicio del templo, hubo de aparecerse Marte y prometer á la espantada virgen hijos divinos, y habiendo llegado á ser madre, fué Silvia condenada á muerte, según las rigurosas leyes del culto de Vesta quedando sus dos hijos gemelos expuestos á orillas del Tíber. El río estaba entonces desbordado y sus aguas llevaron dulcemente la cuna hasta el monte Palatino, donde se detuvo al pie de una higuera silvestre (4).

Marte no abandonó á sus hijos: una loba, atraída por sus gritos, ó más bien enviada por el dios, cuyo símbolo era el lobo, vino á lactarlos á sus ubres. Más tarde un gavilán les trajo alimentos más fuertes, mientras otras dos aves consagradas á los augurios, revoloteaban al rededor de la cuna para espantar los insectos. Admirado de tales prodigios, Faustulo, pastor de los rebaños del rey, recogió



Eneas llevando á Anquises (5)

á los dos párvulos y se los llevó á su mujer Acca Larencia, que los llamó Rómulo y Remo (6).

Criados en el Palatino en chozas de paja, como los rudos hijos del pastor, crecieron en fuerza y en alientos, atacando audazmente á los animales fieros y á los bandidos y sosteniendo su derecho con la fuerza. Los compañeros de Rómulo se llamaban los Quintilios, los de Remo los Fabios, y la división había entrado ya entre ellos. Sin embargo, un día

(4) El *fecus Ruminalis*, religiosamente conservado por espacio de siglos. *Ruma* ó *rumis* tiene el sentido de mama (Varrón, de *Re rust.* II, 1, 20) y el Tíber mismo se llamaba *Rumón*, es decir, río de aguas fecundantes. (Serv. in *Æn.* VIII, 63). De aquí vendrían los nombres de Roma, Rómulo y Remo. (Filarg. in *Virg. Ecl.* I, 20.) El cauce del río iba en otro tiempo del Pincio al Janículo. Bien que sólo tenga hoy una anchura de 185 pies, se desborda con frecuencia inundando las calles: hay marcada en la iglesia de la Minerva una crecida de 32 pies. La del 22 de Setiembre de 1870 fué de 17, 22 m.

(5) Pintura de un vaso de Nola en el Museo de Munic (*Dict. des Antiq.* fig. 151).

(6) Tito Liv. (I, 4) hace alusión á otras narraciones en que se da á Acca Larencia el nombre de loba, *lupa*, por sus livianas costumbres. No era menester más para que la famosa leyenda se formara sobre este nombre, que era ya popular en 296, época en que la loba y los gemelos fueron consagrados oficialmente en el Palatino; pero no era muy antigua, puesto que las monedas de Roma, llevaron el sello de la puerca ó cerda antes que el de la loba, que sólo aparece en *cuadrantes* del siglo V. Acca Larencia era una Diosa telúrica que personificaba la tierra, donde se depositan los muertos y las semillas, y de donde por consiguiente sale la vida: así, su fiesta se celebraba en el solsticio de invierno. A la hora sexta, en el momento de expirar el año, el flamin quiral ofrecía en honor de la *madre de los lares*, es el sentido de su nombre, un sacrificio á los manes, consagrándose el resto del día á Júpiter, Dios de la luz y de la vida renaciente.

los dos hermanos hubieron de reñir con los pastores del rico Numitor, cuyos ganados pacían en el Aventino, y sorprendido Remo en una emboscada, fué arrastrado por ellos á Alba ante su amo y señor.



Eneas (1)

Las facciones del preso, su edad y su cualidad de gemelo llamaron la atención de Numitor, el cual hizo que le llevaran también á Rómulo, y Fáustulo descubrió entonces á los dos gemelos el secreto de su nacimiento. Con ayuda de sus compañeros, los dos gemelos mataron á Amulio, y con esto volvió á entrar Alba bajo la dominación de su rey legítimo. En recompensa, les permitió Numitor edificar una ciudad á orillas del río y les abando-



Eneas y Latino (2)

no todo el país que se extendía desde el Tíber en el camino de Alba hasta un lugar llamado *Festí*, entre la quinta y sexta milla (3).

Iguales en fuerza y autoridad, los dos hermanos se disputaron muy luego el honor de elegir el emplazamiento y el nombre de la nueva ciudad (4). Sometióse la cuestión á los dioses consultando su voluntad por el augurio del vuelo de los pájaros, y Remo en el Aventino fué el primero que vió seis buitres; pero casi al mismo tiempo mostráronse á Rómulo hasta doce en el Palatino, y ganados por este pre-

(1) PP. TR. POT. COS. III S. C.; es decir: Padre de la patria, tercer año de su poder tribunicio y tercer consulado. Es el reverso de un gran bronce de Antonino representando á Eneas que lleva á cuestas á su padre Anquises, y de la mano á su hijo Ascanio.

(2) Estas dos figuras están grabadas en un cisto de bronce encontrado en Preneste y data del segundo ó tercer siglo antes de nuestra era; Latino, que pisotea armas de guerra, hace alianza con Eneas y lo toma por yerno.

(3) Es el *Ager romanus*. En tiempo de Tiberio, se celebraban aún sacrificios expiatorios para purificar la frontera primitiva. La milla romana ó mil pasos de 5 pies, equivale á 1481 metros.

(4) El nombre profano era *Roma*, el sacerdotal *Flora*. Había otro nombre secreto, acaso *Amor*, anagrama de *Roma*, y estaba prohibido pronunciar este nombre so pena de la vida. (Munter, de *oculto urbis Romae nomine*). Otros dicen *Valentia* ó *Angeroma*. Maury, Memoria sobre Servio Tulio. Teníase mucho cuidado en ocultar este nombre, — dice Plinio (Hist. nat. XXVIII, 4) — porque era al mismo tiempo el de la divinidad tutelar de la ciudad. Mientras permanecía escondido, los sacerdotes enemigos no podían decidir á este dios á abandonar á su pueblo, prometiéndole en el de ellos más honores, *ampliorem cultum*, lo que, según las ideas de los antiguos, era la razón determinante del favor de los dioses.

sagio sus compañeros pronunciaron á su favor. Así, la colina plebeya mancillada ya en las más antiguas tradiciones por la mansión del bandido Caco, lo era otra vez más por el nefasto augurio de Remo. Parece siempre maldita; hoy es una triste soledad, donde habitan algunos monjes al lado de iglesias desiertas.

Según los ritos etruscos, Rómulo unció á un arado un toro y una ternera sin mancha y con una reja de bronce trazó alrededor del Palatino un surco que representaba el circuito de los muros, el *pomerio* ó recinto sagrado (5), más allá del cual comenzaba la ciudad profana, la ciudad sin auspicios de los extranjeros, de los plebeyos (21 de abril de 754) (6).

Ya se alzaba la muralla, cuando Remo por irrisión la salvó de un salto; pero Celer, ó Rómulo mismo, le dió muerte exclamando: «¡Así perezca cualquiera que pase estos muros!» La leyenda ponía sangre en los cimientos de una ciudad que había de derramarla en mayor cantidad que ninguna otra ciudad del mundo.

El Palatino, la más alta de las siete colinas de Roma (51 metros 20), tenía cerca de 1,800 metros de circunferencia, de modo que era fácil su acceso. Pero á poca distancia el monte Capitolino (43 m.), se desarrollaba en abruptas pendientes hasta los pantanos: esta posición era ya fuerte por sí misma, y Rómulo hizo en ella trabajos de defensa que vieron á hacer de esta colina la ciudadela de Roma.

Para aumentar la población de la nueva ciudad, abrió un asilo en medio de las encinas que poblaban el *intermontium*, entre las dos cimas del Capitolino, é hizo allí un bosque sagrado (10); después pidió en las ciudades vecinas que se unieran á su pueblo por medio de casamientos. En todas partes lo rehusaron con desdén: «Abrid también, le decían, un asilo á las mujeres». Rómulo disimuló su resentimiento, pero en las fiestas de los dios Conso (11), hizo robar las jóvenes

(5) Aulo Gelio XIII, XIV... *qui fecit finem urbani auspicii*. En tiempo de Servio se encerraron seis colinas en el *pomerio*, y hasta Claudio, estuvo el Aventino fuera de este recinto (Fest. s. v. *Posimerium*. Dion. IV, 13; Tacit. Ann. XII, 24).

(6) Las dificultades de la cronología romana son tan enrevesadas como las leyendas de su historia.

(7) Los Emilios pretendían que Rea Silvia era de la *gens Emilia* y pusieron su imagen en algunas de sus medallas. La que ofrecemos aquí está tomada de una medalla de Antonino, muy dado á recordar en sus monedas hechos ó monumentos de la primitiva historia de Roma.

(8) Didracma de fabricación campaniense, de plata. Estas monedas de dos dracmas son raras. El dracma casi equivalía á un franco.

(9) SEX. POM. POSTLVS ROMA. Fáustulo, de pie, á la izquierda; delante de él, la loba dándole la ubre á los gemelos; en segundo término, la higuera Ruminál con tres cuervos. Reverso de una medalla de plata de la familia Pompeya.

(10) No sólo ciertos bosques eran sagrados, sino también ciertos árboles, especialmente los heridos por el rayo. Plinio (Hist. nat. XII, 1, 2) llama á los árboles los primeros templos de los dioses. Este culto, en efecto, era muy antiguo, pues comienza entre los griegos por la encina de Dodona, y continúa por el laurel de Apolo, el olivo de Minerva, el mirto de Venus, el álamo de Hércules, etc., y estaba aún muy vivo en tiempo de Apuleyo.

(11) *Consus*. Este dios cuyo nombre se ha querido sacar de *conditus*, escondido, parece haber sido una divinidad subterránea (Hartung, *Die Religion der Rom.* II, 87).